

LA ALEGRÍA DE DAR

“En verdad les digo que quien haya dado un vaso de agua en mi Nombre, no se quedará sin recompensa” (Mc 9, 41).

En todo el Evangelio vemos que Jesús nos invita a dar: a los pobres, a quien nos pide algo, a quien desea un préstamo. Dar de comer a quien tiene hambre, dar la capa a quien pide túnica; dar gratuitamente... Él mismo ha sido el primero en dar: la salud a los enfermos, el perdón a los pecadores, la vida a todos nosotros.

Frente al instinto egoísta de acaparar todo, Jesús nos propone la generosidad; ante el impulso de pensar únicamente en nuestras propias necesidades, nos invita a abrirnos a las necesidades de los demás; contra la cultura del poseer, nos presenta la cultura del dar.

No importa si podemos dar mucho o poco. Lo importante es “cómo” lo damos. Lo que cuenta es el amor que ponemos, incluso en un pequeño gesto que muestre interés por el otro. A veces es suficiente ofrecerle un vaso de agua, de agua “fresca” como indica esta frase del Evangelio de San Mateo, un gesto muy necesario y que, en un país caluroso y desértico como Palestina y en Cuba en su eterno verano, se agradece de un modo especial.

“En verdad les digo que quien haya dado un vaso de agua en mi Nombre, no se quedará sin recompensa”.

Un vaso de agua, gesto sencillo pero grande ante los ojos de Dios si lo hacemos en su nombre, es decir, por amor a Dios.

El amor tiene mil matices y sabe cómo encontrar las formas más convenientes para expresarse. El amor es atento, no piensa en el interés personal.

Es servicial, pues el amor verdadero, cuando ve que el otro tiene alguna necesidad, hace todo lo posible para satisfacerla.

El amor es esencial porque se acerca al otro únicamente para escucharlo y para servirlo con una actitud de disponibilidad. Cuántas veces, en cambio, cuando nos encontramos con una persona, nos ponemos a darle consejos inoportunos o no dejamos de hablar, creyendo que le hacemos un gran servicio... y lo único que logramos es aburrirla o molestarla.

Por el contrario, ¡qué importante es tratar de “ser” amor, amor desinteresado ante cada persona! Si actuáramos así, encontraríamos enseguida el camino más rápido para entrar en su corazón y ayudarle.

“En verdad les digo que quien haya dado un vaso de agua en mi Nombre, no se quedará sin recompensa”.

La palabra de vida en esta ocasión puede ayudarnos a descubrir el valor de cada una de nuestras acciones: ya sea en el trabajo, la casa o el campo, en la oficina, en la escuela, en los trámites burocráticos así como en las responsabilidades en el ámbito civil, político o religioso.

Todo lo que hacemos puede transformarse en un servicio rápido, cuidadoso y atento.

Además, el amor nos dará ojos nuevos para intuir las necesidades de los demás y para ayudarlos con creatividad y generosidad.

¿Y cuál será el resultado? El amor generará en torno suyo nuevo amor y hará que los dones y las capacidades de cada uno circulen entre todos. La alegría se multiplicará, porque “hay más alegría en el dar que en el recibir”.

“En verdad les digo que quien haya dado un vaso de agua en mi Nombre, no se quedará sin recompensa”.

Durante la II Guerra Mundial, en Trento, había varias zonas de la ciudad donde vivían muchas familias que eran muy pobres. Fuimos, entonces, a visitarlas para compartir con ellas lo que teníamos; nuestro deseo era mejorar su nivel de vida para poder tener una cierta igualdad entre todos.

Era un razonamiento muy sencillo, pero que dio frutos impensados: con una abundancia insólita en tiempos de guerra. Empezaron a circular alimentos, ropa y medicinas. Y en nosotros nació la convicción de que la respuesta para solucionar cualquier problema individual o social está en vivir el Evangelio.

Y esto no era una utopía.

Actualmente hay centenares de empresas, por todo el mundo, que están involucradas en el proyecto de “economía de comunión” que tiene como objetivo encaminar la vida empresarial hacia la cultura del dar, poniendo en común las utilidades para fines sociales, como el de ayudar a las personas con serias dificultades económicas, creando nuevos empleos y cubriendo sus necesidades más básicas.

Sin embargo, las personas necesitadas son muchas y las utilidades de estas empresas no logran cubrirlas todas. Es por eso que, desde 1994 muchos de nosotros damos mensualmente una pequeña cantidad de dinero para ayudar a quienes más lo necesitan. Actualmente ayudamos a 7000 personas distribuidas en 55 países del mundo.

Los testimonios de los “vasos de agua” que se dan y que se reciben, como en una competición de amor, son innumerables. Una de estas personas, que vive en Filipinas nos narra: “Nuestra pequeña tienda donde vendíamos carne, fracasó a causa de una epidemia entre los animales. Tuvimos que pedir un préstamo y llegó un momento en que no sabíamos cómo continuar, pues nos habíamos quedado sin nada. Con la ayuda que recibimos tenemos lo necesario para comer cada día y nos hemos dado cuenta de que también nosotros podemos ayudar a quien es aún más pobre que nosotros: una vecina estaba enferma y sufría mucho, la ayudé hasta que Dios la llamó al cielo. Ahora sigo ayudando a su quinto hijo, ya que su papá no tiene lo suficiente para alimentarlo pues son mucho más pobres que nosotros.

Tomado de *Palabra de Vida*

Octubre de 2006